

¡Qué feliz era la cigarra en verano! El sol brillaba, las flores desprendían su aroma embriagador y la cigarra cantaba y cantaba, mientras todos los demás trabajaban. El futuro no le preocupaba lo más mínimo: el cielo era tan azul sobre su cabeza y sus canciones tan alegres... Pero el verano no es eterno.

Una triste mañana, la señora cigarra fue despertada por un frío intenso; las hojas de los árboles se habían puesto amarillas, una lluvia helada caía del cielo gris y la bruma le entumecía las patas.

¿Que va a ser de mí? Este invierno cruel durará mucho tiempo y moriré de hambre y frío, se decía.

¿Por que no pedirle ayuda a mi vecino el hámster? Y luego pensó:

¿Acaso tuve tiempo durante el verano de almacenar provisiones y construirme un refugio? Claro que no, tenía que cantar. Pero mi canto no me alimentará, para eso tengo que trabajar.

Y con el corazón latiéndole a toda velocidad, llamó a la puerta del hámster. ¿Qué quieres? preguntó ésta cuando vio a la cigarra ante su puerta. El Campo estaba cubierto por un espeso manto de nieve y la cigarra contemplaba con envidia el confortable hogar de su vecino; sacudiendo con dolor la nieve que helaba su pobre cuerpo, dijo lastimosamente:

-Tengo hambre y estoy tiesa del frío.

El hámster respondió maliciosamente:

-¿Qué me cuentas? ¿Qué hacías durante el verano cuando todos trabajábamos? ¿Por qué no buscaste alimentos y te construiste una casa?.

-Cantaba y cantaba todo el día, respondió la cigarra.

-¿Y qué? interrogó el hámster.

-Pues nada, murmuró la cigarra. ¿Cantabas? Pues, ¿por que no bailas ahora? Y con esta dura respuesta, el hámster le cerró la puerta, negando a la desdichada cigarra su refugio de calor y bienestar.